

Alocución radial del Arzobispo de Corrientes, Mons. DOMINGO S. CASTAGNA

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO

12 de diciembre de 2004

Mateo 11, 2-11

1.- La verdad de quien es la Verdad. La personalidad de Juan Bautista excede todo modelo. Como todo gran hombre es indefinible. No tiene nada de lo que poseen los notables: “¿*Qué fueron a ver al desierto? ¿Una caña*

*agitada por el viento? ¿Qué fueron a ver? ¿Un hombre vestido con refinamiento?*”<sup>[1]</sup> Es la voz humilde que clama en el desierto para que abran sus oídos los sordos y hagan penitencia. El esperado, el que vendrá, exige una preparación, un despojo de lo baladí para enfrentar toda la verdad formulada por quien es la Verdad. Han pasado más de dos mil años desde el Bautista y comprobamos que su ministerio de precursor sigue activo e imprescindible. El mundo necesita una eficaz preparación para que el anuncio evangélico produzca el efecto saludable esperado. El actual estado cultural y espiritual de la mayoría de los ciudadanos bloquea el conocimiento de la Verdad que Jesús expone y personaliza. El esfuerzo evangelizador supone una tarea previa, al modo de la de Juan, para que los corazones sean purificados por la penitencia. Nadie recibe el don de Dios si antes no ha reconocido el error en el que se hallaba sumergido.

2.- La historia se repite. La sociedad contemporánea ofrece un escandaloso lugar a la mentira y a la intriga ideológica. No es fácil que el Evangelio prenda en corazones encerrados en el egoísmo y en la soberbia. Juan Bautista empleaba un lenguaje particularmente severo, hasta irritante, cuando se topaba con la hipocresía y la contumacia en el error. La reciente carta del Cardenal Bergoglio es valiente y delicada, pero, como va al encuentro frontal con la inexplicable muestra blasfema del Centro Cultural de la Recoleta, ha suscitado réplicas muy alejadas de una sana confrontación con la verdad. Juan Bautista y el mismo Jesús hubieran pronunciado frases menos agradables. Así terminaron: Juan decapitado y Jesús crucificado. La historia se repite. El poder, como instrumento de discriminación ideológica, sigue a veces el nefasto sendero del atropello a los valores sagrados de la misma población. Las respuestas imprecisas de algunos entrevistados auto calificados “cristianos” dan a entender que la acción evangelizadora de nuestras comunidades cristianas está peligrosamente debilitada. Hay que escuchar el fuerte reclamo del Santo Padre, en su reciente Carta para el Año de la Eucaristía: “*El encuentro con Cristo, profundizado continuamente en la intimidad eucarística, suscita en la Iglesia y en cada cristiano la*

*exigencia de evangelizar y dar testimonio*”<sup>[2]</sup>.

3.- El mundo necesita a Cristo. Después de aclaradas las cosas no cabe el intercambio de verdaderas o falsas recriminaciones. Se requiere no perder tiempo y proseguir la misión de proponer a Cristo como Redentor de los hombres y a su palabra como vehículo elegido por Dios para transmitir su Verdad. El mundo, incluso el provocador y oscilante entre la nada y la nada, necesita a Cristo. Por ese mundo ofreció su vida en la Cruz sin reparar en los rechazos inexplicables que sufriría. Conocemos al género humano en la fibra de nuestro propio corazón. Sabemos que el don de la libertad es para el amor en serio, como respuesta a Quien tuvo la absoluta iniciativa de amarnos. Pero, Dios lo sabe desde siempre, el riesgo de la libertad es el pecado o la *irrespuesta*. Sin embargo corre ese inexplicable riesgo. ¡Qué valor trascendente y auténticamente *humanizador* es la libertad! Es preciso salvar la libertad cruelmente enferma por la irresponsabilidad y herida por el egoísmo y la cobardía. La Redención que protagoniza Cristo viene a salvar la libertad haciendo que recupere su salud original y elimine lo que la contradice.

4.- ¿Quiénes se perjudican? Toda norma, fruto de responsables interpretaciones de la Ley natural, es erróneamente considerada cuando se la califica como negación de la libertad. A la idea de *libertad* le falta, en ciertas apreciaciones públicas, una verdadera filosofía de base. Pero, ¿quién piensa en términos de esa filosofía? La *mediocridad reinante* oculta y disimula valores, traba todo esfuerzo por superar el mal tiempo de la educación, empuja a la pereza y a la desesperanza, termina apropiándose de las expresiones de la vida corriente. Es dramático que legisladores y gobernantes favorezcan la transgresión y

la irresponsabilidad. Que les falte a ellos la filosofía de base mencionada abriga consecuencias trágicas. No es la Iglesia quien sale perjudicada cuando se transgrede la Ley natural sino el hombre y la mujer que componen la sociedad. Sus consecuencias saltan a la vista: la delincuencia, la corrupción, la exclusión de los más pobres, las graves lesiones a los derechos humanos y la frivolidad. Necesitamos que el ministerio del Bautista cumpla su rol de preparación y purificación también hoy, en estas circunstancias complejas e indiscernibles en términos de bien y mal. Para ello se produce un reclamo angustioso de la realidad: ser evangelizada por auténticos testigos de la santidad de Dios.

5.- **Anunciar a Cristo.** Jesús es el “*Santo de Dios*” como inspiradamente razona San Pedro. Si la evangelización es su presentación al mundo quienes son sus agentes deben ser santos. De otra manera aparecerá como una hipocresía, como un fraude mediático a ingenuos. Hoy la salvación consiste en un encuentro con el Redentor de la mano de quienes han vivido su experiencia y ofrecen una auténtica relación de amistad con Él. Si por ese sendero, elegido originalmente por el Señor, el mensaje y el llamado a la conversión son rechazados no será porque el trámite sea falso sino porque no se dan las condiciones personales para el ejercicio recto de la libertad. Nos hallamos ante una sociedad espiritual y culturalmente enferma. La simulación de una virtud inexistente intenta ocultar el vacío o, ya en tiempos posmodernos, la desinhibición ha decidido romper con las apariencias y exponer la miseria real y la enfermedad oculta. La enfermedad es la enfermedad, oculta o expuesta. ¡Necesitamos al Salvador! No podemos dejar de anunciarlo aunque importune a todos o a muchos.

---

[1] Mateo 11, 7-8

[2] “Mane nobiscum...” n° 24

---

[Volver](#)